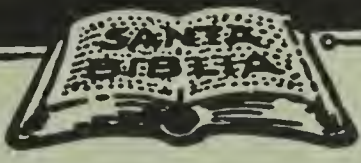


LAP


# MENSAJES *del amor de* DIOS



PERIODICALS

PER  
BR  
7  
.M463  
no.  
433-  
529

1962  
~~1961~~ hasta 1970



Digitized by the Internet Archive  
in 2018 with funding from  
Princeton Theological Seminary Library

# MENSAJES *del amor de* DIOS



Número 463

1 de noviembre de 1964

**“Cualquiera que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado”**



## **NABUCODONOSOR y el ARBOL**

¡Qué árbol más magnífico es esta encina! Es de proporciones admirables: su altura es de veinticinco metros; su abundante follaje espeso y siempre verde provee de más de mil metros cuadrados de grata sombra. Los demás árboles alrededor parecen ser insignificantes. Al contemplarlo en su grandeza solitaria, nos hace pensar en el gran rey de Babilonia, Nabucodonosor, del sexto siglo antes de Cristo, y de cómo Dios le humilló en gran manera y después le bendijo grandemente.

Nabucodonosor era un hombre muy capaz: no sólo era un guerrero inven-

cible, sino también había edificado la ciudad de Babilonia con sus murallas anchas y muy altas. Dentro de la ciudad (para agradar a su esposa que era natural del monte y llegó a estar fastidiada de la llanura de Babilonia), construyó maravillosos jardines colgantes. Mas se enorgulleció de su proeza; y Dios, que odia el orgullo, tomó medidas sin precedentes para humillar al gran rey. Si el lector tiene una Biblia, léase todo el capítulo 4 del libro del profeta Daniel. Aquí sólo podemos citar unos versículos.

Nabucodonosor vio un sueño que le espantó:

“He aquí las visiones de mi espíritu mientras estaba en mi lecho. Miraba yo y vi en medio de la tierra un árbol alto sobremanera. El árbol había crecido y se había hecho muy fuerte, y su cima tocaba en los cielos, y se le veía desde los confines de la tierra. Era de hermosa copa y de abundantes frutos; y había en él mantenimiento para todos. Las bestias del campo se resguardaban a su sombra, y en sus ramas anidaban las aves del cielo, y todos los vivientes se alimentaban de él. En las visiones de mi espíritu, en mi lecho, vi que bajaba del cielo uno de esos que velan y son santos; y gritando fuertemente, dijo: Abatid el árbol y cortad sus ramas, sacudid su follaje y diseminad los frutos, que huyan de debajo de él las bestias, y las aves del cielo de sus ramas; pero dejad en la tierra el tronco con sus raíces, y atadle con cadenas de hierro y de bronce, y quédese así entre las hierbas del campo, que le empape el rocío, y tenga por parte suya, como las bestias, la hierba de la tierra. Quítesele su corazón de hombre y désele un corazón de bestia, y pasen sobre él siete tiempos. Esta sentencia es decreto de los que velan, es resolución de los santos, para que sepan los vivientes que el Altísimo es dueño del reino de los hombres y lo da a quien le place, y puede poner sobre él al más bajo de los hombres.” (vvss. 7-14, N.C.)

Nadie pudo interpretar el sueño hasta que entró delante del rey el profeta de Dios, Daniel, quien le dio la declaración de sus visiones de una manera respetuosa, pero a la vez fiel, pues tuvo que denunciar al rey que él mismo era señalado por aquel árbol maravilloso y que el juicio divino iba a caer sobre él a causa de sus pecados e iniquidades: “Eres tú, ¡oh rey!” (v. 19, N-C). Mas Dios que es muy misericordioso, siempre da lugar para arrepentimiento: así el profeta aconsejó al rey que hiciese justicia y mostrase misericordia para con los pobres, por si acaso eso sería una prolongación de su tranquilidad, pero... en vano, pues al cabo de un año, “mientras se paseaba en su palacio de Babilonia, se puso a hablar y dijo: ¿No

es ésta Babilonia la grande, que yo, por el poder de mi fuerza y la gloria de mi magnificencia, he edificado para residencia real? Todavía estaba la palabra en su boca, cuando bajó del cielo una voz: Sabe, ¡oh rey Nabucodonsor!, que te va a ser quitado el reino. Te arrojarán de en medio de los hombres, morarás con las bestias del campo y te darán de comer hierba, como a los bueyes, y pasarán sobre ti siete tiempos hasta que sepas que el Altísimo es el dueño del reino de los hombres y se lo da a quien le place. Al momento se cumplió en Nabucodonosor la palabra: fue arrojado de en medio de los hombres, y comió hierba como los bueyes, y su cuerpo se empapó del rocío del cielo hasta que llegaron a crecerle los cabellos como plumas de águila, y las uñas como las de las aves de rapiña” (vvss. 26-30, N-C).

“Cualquiera que se ensalza, será humillado.” Nabucodonosor, humillado en forma tan extraordinaria, al fin de “siete tiempos” (“años,” se cree), alzó sus ojos “al cielo.” El hombre que no reconoce al Dios vivo y verdadero, es una bestia.

Ya bien humillado, Nabucodonosor no se enorgulleció más, sino ensalzó al Dios Altísimo: “y ahora yo, Nabucodonosor, alabo, ensalzo y glorifico al Rey del cielo, cuyas obras todas son verdad, cuyos caminos todos justos y que puede humillar a los que andan en soberbia” (vs. 34, N-C).

“Ahora.” Querido lector, ¿has llegado a la misma “ahora” de tu vida, habiendo aprendido que no eres nada sino un pecador orgulloso, rebelde y perdido ante Dios? ¿No has probado todavía cuán grande es la misericordia de Dios, quien no te quiere cortar en juicio, sino bendecirte en su excelsa bondad? Para que Dios pudiera perdonarte y a la vez ser justo, envió a Cristo, su Hijo amado, para que muriese, el Justo, por nosotros, los injustos. ¿No te compunge el corazón al pensar en esta gracia tan sublime?

“Cualquiera que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado.”

## LAS MANZANAS ROBADAS

Vivíamos en la campiña. Nuestro jardín terminaba en un extenso campo, y su propietario nos había concedido permiso para jugar allí. En el lado más lejano del campo había un seto, y detrás del mismo una huerta, en la que nuestros padres compraban fruta y verduras. Pocos metros después del seto había un joven manzano, cargado con muchas hermosas manzanas.

¡Estas tenían una piel tan rosada, y tenían un aspecto tan precioso! Pensaba en lo que me había gustado tener unas cuantas; y, pequeño como era, razoné así: "Hay muchas en el manzano; quizás el jardinero no las echará de menos, o no se preocupará mucho de su pérdida, o caso de que se enfadara por ello, mi padre era un buen amigo suyo, por lo que no podía ocasionarle mucho mal si yo las cogía."

Así confiándome en la hijita de un vecino que vivía en las proximidades, cruzamos el campo y llegamos al seto tras el cual se veían las manzanas. Encaramándonos por una parte no muy espesa del seto, pronto me situé encima de una rama del manzano y trasladando las tan codiciadas manzanas en mis bolsillos, iba mirando tímidamente a hurtadillas si alguien estaba contemplándonos.

¿Se dio cuenta alguien de ello? Nadie sino el ojo de Dios que todo lo ve, del ojo de Dios que ha dicho: "No hurtarás" (Exodo 20:15).

Pero tan pronto como las manzanas codiciadas estuvieran en mis bolsillos perdieron su encanto. Estaba tan ansioso de desembarazarme de ellas como antes lo había estado de poseerlas, y temeroso e infeliz corrí de regreso a mi casa, temblando a través de todo el campo. Hice el propósito de no probar una sola de ellas, sino darlas todas a la niñita, esperando así que nunca más vería algo referente a ellas. No las comí, pero no pude olvidar mi pecado, como leeréis más abajo.

Pasaron los años, y este pecado recién contado no fue sino uno de tantos como yo cometí. Pero yo no era feliz; tenía una conciencia culpable conocedora de que era un pecador condenado. Al fin

decidí reformarme para que Dios pudiera aceptarme, y anhelante de rectificar todo cuanto de malo había hecho y me acordaba, cierto domingo recordé el robo de las manzanas. Busqué al jardinero, y le expliqué lo que años atrás había ocurrido, y entonces le pagué las manzanas. Quedó completamente satisfecho, tal como podréis creer, pero hube de recordar que pagando el importe de las manzanas a mi vecino de ningún modo me libertaba del peso de mi pecado a los ojos de Dios.

Aconteció algún tiempo después de haber sucedido ésta que supe por la Palabra de Dios que cuanto Jesús hizo en la cruz satisfizo a Dios con respecto al pecado. Jesús pagó el castigo de los pecados que todos nosotros hemos cometido, con su sangre. Y la Biblia nos afirma, "La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado" (1a. Juan 1:7). Y por Jesús tenemos el perdón de los pecados, y todos aquellos que creen en Él son justificados.

Ahora sabía bien que todos mis esfuerzos posibles para obtener paz con Dios eran infructuosos, puesto que son "todas nuestras justicias como trapo de inmundicia" (Isaías 64:6), y lo que nunca podríamos haber hecho, lo efectuó Dios al enviar a su Hijo amado para que muriese por los pecadores en el monte Calvario, en el cual pudo pacificarlo "por la sangre de su cruz" (Colosenses 1:20); cuando, a pesar de ser nosotros miserables pecadores con el pecado dentro de nosotros, al creer sencillamente en la propia Palabra de Dios sobre el valor de la muerte de su Hijo, Dios no considera ya más nuestros pecados contra nosotros, y nos justifica de todas las cosas. La sangre de Cristo pagó la condena, que ningún esfuerzo nuestro podría jamás llegar a pagar, y de la que nuestras lágrimas nunca podrían salvarnos.

"Luego mucho más ahora, justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira". (Romanos 5:9)

"Esto os escribo a los que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que conozcáis que tenéis vida eterna" (1 Juan 5:13, N-C).

“¡Oh, excelsa gracia del amor!  
Que Dios perdona al pecador,  
Si presto está en confesar  
Sus culpas y en Jesús confiar;  
No hay otro autor de salvación  
Pues Cristo obró la redención.”

“... nuestro Señor Jesús, que fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación. Justificados, pues, por la fe, tenemos paz con Dios por mediación de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 4:24, 25 y 5:1. N-C).

### UN ESTUDIO DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

SAN JUAN, Cap. 18:10-11, N-C.

“Simón Pedro, que tenía una espada, la sacó e hirió a un siervo del pontífice, cortándole la oreja derecha. Este siervo se llamaba Malco. Pero Jesús dijo a Pedro: Mete la espada en la vaina; el cáliz que me dio mi Padre, ¿no he de beberlo?” (vvss. 10, 11, N-C).

Simón Pedro, casi siempre equivocado en sus dichos y hechos antes de su caída y restauración, obró de una manera muy contraria a la voluntad del Señor cuando sacó espada para procurar defender a su Maestro, y le cortó la oreja derecha de Malco, el siervo del pontífice de los judíos. Desde entonces, Pedro no podía predicar el evangelio de la gracia de Dios a Malco: le había tapado el oído. Además—y lo peor—había falsificado la actitud del Señor Jesús, pues El no había venido al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo fuese salvo por El. No obstante, el Señor aprovechó la ocasión para demostrar su poder divino y su gra-

cia sublime: tocando su oreja, le sanó a Malco en seguida (Lucas 22:51.) Cristo tuvo, y tiene, poder para salvar.

Querido lector, tú precisas de la salvación de tu alma y Cristo es el único que te puede salvar. No te excuses a ti mismo, diciendo que has conocido o ahora conoces a cristianos cuya conducta no esté de acuerdo con las enseñanzas de Cristo; ciertamente la de Simón Pedro no lo fue. Lo imprescindible es asegurarte del perdón de tus propios pecados y de la salvación personal tuya.

“Pero Jesús dijo a Pedro: Mete la espada en la vaina; el cáliz que me dio mi Padre, ¿no he de beberlo?” (vs. 11, N-C).

Ya ves cómo el Señor Jesús reprendió a Simón Pedro por su mala actuación. Pedro no se daba cuenta de que Cristo no pensaba en aquel tiempo sentarse en el trono cual invicto vencedor, sino someterse a la humillación y sufrimiento agonizante de la cruz: “el vaso que el Padre me ha dado, ¿no lo tengo de beber?” Era la voluntad de Dios que “Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y la remisión de pecados en todas las naciones” (Lucas 24:46, 47). Y en la carta inspirada de San Pablo dirigida a la iglesia de Roma en el año 60, dice que Dios “no perdonó a su propio Hijo, antes le entregó por todos nosotros” (Romanos 8:32, N-C).

¿Ya entiendes, querido lector, cuánto Dios te ama? ¿Por qué no lo crees?

¿Qué vas a hacer con la gracia de Dios?  
¿Qué vas a hacer con Aquel que te amó?  
¿Qué vas a hacer? ¿Qué vas a hacer? [rió]  
¿Qué vas a hacer con Aquel que por ti mu-

Reg. Artículo de Segunda Clase en Admón. Correos, Cuernavaca, Mor., 18 de Nov. de 1950

**SE MANDA GRATIS AL QUE LO SOLICITE.**

**TODA CORRESPONDENCIA** debe dirigirse al Redactor con despacho al público en la Editorial “Mensajes del Amor de Dios”.

J. Hárrison S., Domingo Diez 503 M, Cuernavaca, Morelos, México.

Nótese: todas las citas de las Sagradas Escrituras señaladas “N-C” son de la versión católica traducida directa al español de los idiomas originales, el hebreo y el griego, por Nácar y Colunga, 13ª edición, 1963.

